

Victorias y padecimientos de la fe

(segunda parte)

(Heb. 11:32-38)

Introducción:

Como dijimos en el estudio anterior, ésta es la última sección del capítulo 11 de la epístola a los Hebreos, donde estamos viendo las victorias y padecimientos de la fe, a través del mencionar los nombres de algunos héroes que demostraron tener la fe perseverante que caracteriza al verdadero creyente y le permite trabajar y luchar por la extensión del reino de Cristo en su propia vida y en el mundo, aunque esto implique un alto costo.

Ahora vamos a estudiar los ejemplos de fe que nos son mencionados con los nombres de Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas.

Sansón. Como dijimos en el estudio anterior, éste es un personaje que no esperaríamos encontrar en un cuadro de honor en el cual ya se han mencionado insignes y piadosos creyentes como Enoc, Abraham, Isaac, José, Moisés; entre otros. Su falta de sometimiento a la ley de Dios y su amor hacia las mujeres extranjeras son una gran sombra sobre este juez de Israel. No obstante, la gracia, obrando a través de la fe, exalta los logros de la misma y no publica las debilidades que aún acompañan nuestra carne.

Recordemos un poco la historia de este varón. La madre de Sansón era estéril, al igual que otras famosas madres en la Biblia: Sara, Rebeca y Elisabet, la madre de Juan el Bautista. Ella recibió la visita del ángel de Jehová, el cual le anunció que tendría un hijo, a través del cual “comenzará a salvar a Israel de mano de los filisteos” (Jue. 13:5). Los filisteos eran un pueblo canaanita que sufrió gran destrucción en la conquista de la tierra a manos de Israel; no obstante, lograron recuperar fuerzas y en períodos intermitentes causaron sufrimiento al pueblo de la promesa. Durante cuarenta años los filisteos oprimieron a Israel. Aunque esta opresión vino como resultado de la desobediencia a los mandatos del Señor, una vez que el pueblo se arrepentía, Dios enviaba la liberación.

Había llegado el momento de esta liberación, y Dios escogió a una humilde pareja de la tribu de Dan para darles la bendición de ser los progenitores de aquel que salvaría a Israel

de mano de los filisteos. Manoa no había tenido el enorme gozo de procrear hijos debido a que su esposa era estéril. Pero la gracia de Dios fue favorable para con ellos, y luego de una larga espera, se les concede tener un hijo que sería muy especial para la liberación del pueblo de Israel.

Sansón, desde su infancia, fue bendecido por Dios, y al igual que Juan el Bautista, fue nazareo; es decir, su vida estaba entregada por completo a los asuntos del Reino, a tal punto que no podían participar de cosas que para otros siervos de Dios eran lícitas. Él no podía cortarse el cabello, ni tomar nada proveniente de la vid.

De seguro que Sansón fue impregnado por la fe de sus padres, desde su infancia. Ellos habían visto al Dios de la gloria a través del ángel de Jehová y habían escuchado Su palabra. Esta palabra alimentó su fe y creyeron sin dudar que el Señor cumpliría su promesa de dar salvación al pueblo a través de su hijo.

Sansón creció *“y el espíritu de Jehová comenzó a manifestarse en él en los campamentos de Dan, entre Zora y Estaol”* (Jue. 13:25). Siempre que el Espíritu de Dios venía sobre él, una gran fuerza lo caracterizaba y causaba grandes estragos a los enemigos que les oprimían.

A pesar de que Sansón era visitado por la fuerza del Espíritu de Dios, su corazón no siempre fue recto, y en muchas ocasiones desobedeció las leyes del Señor. Se enamoró de una mujer incrédula, perteneciente a un pueblo pagano, lo cual estaba prohibido por la Ley santa. Aunque sus padres se opusieron y trataron de convencerle para que mirara a las hijas de Sión, su corazón se había prendado de la impía mujer; pero la Biblia nos deja ver que todo esto formaba parte del plan del Señor para castigar a los filisteos a través de Sansón: *“Más su padre y su madre no sabían que esto venía de Jehová, porque él buscaba ocasión contra los filisteos; pues en aquel tiempo los filisteos dominaban sobre Israel”* (Jue. 14:4).

No alcanzamos a comprender la inconmensurable sabiduría del Señor que es capaz de incluir los actos pecaminosos de los hombres en sus perfectos planes, para dar liberación a su pueblo. Sansón tenía una inclinación pecaminosa de deseo hacia las mujeres impías, y este deseo no provenía de Dios, sino del pecado residual que estaba en él; no obstante, el Señor usó esta debilidad para dar liberación al pueblo. Esto no significa que Dios se deleitó

en la desobediencia de Sansón, pues, el final de su vida fue trágico a causa de su loco amor hacia las ramera. Las Sagradas Escrituras, en diversos lugares, ordenan al pueblo del Señor abstenerse del pecado sexual: “... a causa de la mujer ramera el hombre es reducido a un bocado de pan; y la mujer caza la preciosa alma del varón” (Prov. 6:26); “Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne. Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él. Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del espíritu santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Cor. 6:13-20).

A pesar de estas debilidades pecaminosas, Sansón es considerado un héroe de la fe, pues, “criado en la firme fe de sus padres, Sansón creía en lo que “escuchó” de Dios a través de ellos, creció en la confianza de la misma y su conducta fue acorde con la misma”¹.

Fue un instrumento de liberación, a causa de la fe que depositó en Dios, y el Espíritu del Señor lo llenaba concediéndole una fuerza sobrehumana para castigar a los impíos filisteos: Por esta fe en la palabra del Señor pudo destrozarse a un león como si fuera un débil corderito; por esta fe mató a treinta hombres de Ascalón; por esta fe cazó trescientas zorras y prendiendo teas en sus colas quemó las mieses amontonadas, las viñas y los olivares de los filisteos; por esta fe causó gran mortandad entre los enemigos cuando éstos quemaron la casa de su mujer; por esta fe mató a mil filisteos con una simple quijada de burro; por esta fe, cuando desmayaba de sed y pensó que moriría, clamó al Señor y se abrió una fuente de agua en Lehi; por esta fe, luego de haber sufrido la ignominia en manos de los filisteos como consecuencia de su desobediencia a la Ley del Señor y haber entregado sus amores a una ramera; habiendo perdido, como resultado de su pecado, la inmensa fuerza que le daba

¹ Pink, Arthur. Extraído de: http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_077.htm En: Diciembre 8 de 2011

el Espíritu del Señor, el cual se había apartado de él cuando Dalila le rapó la cabeza; estando como bufón en el templo del dios Dagón, en medio de una fiesta donde habían miles de filisteos; tuvo la fe para clamar al Señor misericordioso, diciendo: “*Señor Jehová, acuérdate ahora de mí, y fortaléceme, te ruego, solamente esta vez, oh Dios, para que de una vez tome venganza de los filisteos por mis dos ojos*” (Jue. 16:28).

En respuesta a esta oración de fe, el Espíritu del Señor vino sobre él y se inclinó sobre las columnas que sostenían el edificio, el cual colapsó y se vino abajo causando la muerte de los príncipes de los filisteos y del pueblo que estaba allí reunido; por medio de la fe, al morir, destruyó a un gran número de filisteos: “*Y los que mató al morir fueron muchos más que los había matado durante su vida*” (Jue. 16:30).

Jefté. En los estudios anteriores hemos visto como la gracia de Dios se complace en escoger a lo débil de este mundo para hacer las grandes tareas de su santo Reino. Gedeón no era más que un campesino, Barak, un simple soldado; Sansón, un nazareno religioso; David, el menor de su casa; pero el caso de Jefté nos sorprende, pues, teniendo un origen despreciable ante los ojos de sus hermanos, la gracia no miró su bajeza sino que le concedió el don de la fe para convertirlo en un gran héroe en la historia de la redención.

Jefté era hijo ilegítimo. Su padre Galaad había tenido una relación adúltera con una ramera y como resultado nació él. La esposa de Galaad le dio hijos y éstos echaron a Jefté de la casa de su padre. Él era un despreciado y desechado de la sociedad. Se convirtió en un rebelde y jefe de una banda de ociosos (Jue. 11:1-3).

Estando en esta condición de desprecio, es llamado por los hijos de su padre para que les ayude a pelear en contra de los amonitas, un pueblo enemigo de Israel que los oprimió durante 18 años. Sus hermanos, que anteriormente lo habían desechado, ahora lo aceptan como su caudillo o jefe militar. En su nueva y admirada posición de autoridad, trata de hacer la paz con el rey de los amonitas, y le hace un recuento de cómo Dios obró a favor de su pueblo desposeyendo de las tierras a los moabitas, los cuales libraron guerras contra Israel sin que ellos lo hubiesen provocado; de manera que todo lo que Dios le permitió conquistar a través de las guerras era pertenencia de Israel. No obstante este intento de paz, el rey de los amonitas no atendió las razones de Jefté y les hizo guerra.

A pesar de que Jefté había llevado una vida de rebeldía, posiblemente lleno de odio hacia la sociedad de su tiempo, y era tenido en poco por sus hermanos, y suponemos que también por la clase religiosa; el Señor lo rescata de su situación caótica y lo pone en un lugar alto, para pelear las guerras de Jehová. *“El Espíritu de Jehová vino sobre Jefté...”* (Jue. 11:29), y así logró conformar un ejército que hizo frente a la agresión de los amonitas. Por la fe en el Señor, Jefté alcanzó la victoria y libró al pueblo de la presión del enemigo.

Ahora, en la vida de este héroe hay un suceso que empaña su testimonio. Antes de salir a la guerra, Jefté hizo un voto necio, precipitado e innecesario. Se apresuró a prometer al Señor que le entregaría en holocausto cualquiera que saliera de su casa a recibirle luego de la batalla, si él le concedía la victoria. Dios le concedió la victoria, y cuando iba llegando a casa, salió a recibirle su única y amada hija.

La alegría de la victoria se desvaneció y fue cubierta por la tristeza de tener que cumplir un voto que le quitaría a su única hija: *“Y cuando él la vio, rompió sus vestidos, diciendo: ¡Ay, hija mía! En verdad me has abatido, y tú misma has venido a ser causa de mi dolor; porque le he dado palabra a Jehová, y no podré retractarme”* (Jue. 11:35).

Aunque el apresuramiento de Jefté le llevó a hacer un voto que Dios no había pedido, no obstante, la fe de este hombre se deja ver en que no consideró la posibilidad de retractarse sino que actuó conforme a la ley santa del Señor, la cual había establecido el principio irrevocable de los votos hechos ante Dios: *“Cuando alguno hiciere voto a Jehová, o hiciere juramento ligando su alma con obligación, no quebrantará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca”* (Num. 30:2). *“Cuando haces voto a Jehová tu Dios, no tardes en pagarlo; porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y sería pecado en ti”* (Deut. 23:21).

Muchos santos en la historia de la redención hicieron votos a Jehová, y aunque éstos implicaron un gran sacrificio, no titubearon en cumplir lo prometido. Ana, había sido estéril y sufría a causa del desprecio de la otra esposa de su marido, la cual sí tenía hijos. En medio de su angustia, Ana eleva una oración procedente del corazón ante el Dios de la vida, y hace un voto: *“Jehová de los ejércitos, si te dignares mirar la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo*

lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabello” (1 Sam. 1:11). Cuando le nació su hijo varón, ella lo llevó al templo y lo entregó al sacerdote Elí, con quien se quedó para servir al Señor.

Jefté comprendió que hacer un voto ante el Señor era un asunto muy serio, y no era sabio retractarse, aunque él se había apresurado: *“Lazo es al hombre hacer apresuradamente voto de consagración, y después de hacerlo, reflexionar”* (Prov. 20:25). *“Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras. Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas. No dejes que tu boca te haga pecar, ni digas delante del ángel, que fue ignorancia”* (Ecl. 5:1-2, 4-6).

David. No es necesario hacer un recuento de todos los actos de la fe de David; pues, es bien conocido por todos los creyentes los grandes logros de la gracia a través de este siervo de quien dijo Dios que era un *“varón conforme a mi corazón”* (Hch. 13:22). Pero siendo que el autor de la carta está usando personajes, principalmente, del tiempo de los jueces, entonces es probable que tenga en mente uno de los primeros actos de la fe de David, al inicio de la monarquía en Israel y el fin del tiempo de los jueces.

Los filisteos continuaron haciendo daño al pueblo de Israel por varios siglos. De tanto en tanto ellos se levantaban con fuerza y oprimían a los israelitas, casi siempre como castigo de Dios por sus constantes rebeldías; pero cuando clamaban al Señor, él les enviaba un libertador. Al inicio del tiempo de la monarquía en Israel, siendo rey, Saúl; los filisteos volvieron a hacer guerra contra el pueblo de Dios. Pero en esta ocasión amedrantaron a Israel a través de un soldado sobresaliente, el cual tenía una estatura de 3 metros y era muy fuerte. Este gigante varón se vestía con una armadura casi inexpugnable, y sus armas eran de gran tamaño y fortaleza. Ninguno de los soldados del ejército de Israel se atrevía a enfrentarse con el gigante Goliat, todos estaban aterrados y temerosos. Día tras día, Goliat

retaba a los soldados de Israel para que se enfrentaran en pelea contra él, y ofendía al Dios de los cielos.

Ningún soldado de Israel se atrevió a luchar contra el gigante, pero David, un muchacho insignificante, sin conocer la guerra, ni estar preparado para ella, con un cuerpo adolescente aún débil de fuerzas, sin rudeza en sus facciones; confió en el Dios de sus padres y por la fe se atrevió a hacer lo que parecía imposible: por la fe se sobrepuso a los temores naturales, y en el nombre del Señor se enfrentó al gigante. *“Y cuando el filisteo miró y vio a David, le tuvo en poco porque era muchacho, y rubio, y de hermoso parecer”* (1 Sam. 17:42), pero en David había algo especial, él tenía la fe sobrenatural que persevera en medio de las dificultades. Él tenía la fe que vence a los gigantes y derrumba los formidables obstáculos. Solo por la fe el muchacho David pudo decir: *“Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza, y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel. Y sabrá toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos”* (1 Sam. 17:45-47).

Solo por la fe David pudo enfrentarse al gigante, confiando solamente en el poder del Señor. A causa de esta fe, el Señor usó una pequeña piedra, lanzada por un débil muchacho, para que entrara como un proyectil en la única parte descubierta de Goliat, es decir, en la frente, causando su muerte y la derrota de los enemigos del pueblo de Dios.

Aunque David pasó de ser un muchacho a convertirse en un hombre fuerte y guerrero, él nunca confió en sus fuerzas sino que aprendió a conocer al Dios de la gloria y a confiar plenamente en él para su salvación. Él no se intimidó a causa de la braveza del enemigo, y tampoco el gran tamaño de los adversarios fue causa de temor; antes por el contrario, cuando los enemigos eran más fuertes, entonces él confiaba con más vehemencia en la roca más alta que hay: *“Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador, Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio”* (Sal. 18:2).

Samuel. Este profeta y juez de Israel, desde su infancia fue dedicado al Señor. Su madre Ana lo prometió al servicio espiritual y cumpliendo su palabra lo entregó al sacerdote Elí. Samuel aprendió muy pronto a escuchar la voz de Dios y a obedecerle. A causa de la fe él pudo juzgar a Israel con sabiduría, y durante toda su vida manifestó el carácter de Cristo. En su vejez él pudo retar a los israelitas diciéndoles. *“Aquí estoy; atestigüad contra mí delante de Jehová y delante de su ungido, si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno, si he calumniado a alguien, si he agraviado a alguno, o si de alguien he tomado cohecho para cegar mis ojos con él; y os lo restituiré”* y el pueblo respondió: *“Nunca nos has calumniado ni agraviado, ni has tomado algo de mano de ningún hombre”* (1 Sam. 12:3-4).

La fe perseverante de este hombre le llevó a conducirse en una vida recta y de absoluta confianza en el Señor; por eso, al final de sus días, cuando el pueblo se había rebelado contra él pidiendo que les pusiera un rey, Samuel oró al Señor para que enviara truenos y lluvias en tiempo de siega, y delante del pueblo *“Jehová dio truenos y lluvias en aquel día; y todo el pueblo tuvo gran temor de Jehová y de Samuel”* 81 Sam. 12:18). Él honró al Señor y el Señor lo honró a él.

Los profetas. En los versos 33 y 34 del capítulo 11 de la carta a los Hebreos, el autor, mencionará algunos de los logros y padecimientos de la fe de los profetas. Pero en este momento baste decir que estos insignes hombres del pueblo de Dios manifestaron su fe perseverante al estar dispuestos a ser despreciados por el pueblo y sus gobernantes como consecuencia de anunciar sin tapujos el mensaje confrontador de la palabra de Dios.

Cada vez que los profetas decían: *“Así dice el Señor”*, la palabra de Dios era como un trueno que sacudía al pueblo entregado a sus pecados. La fe perseverante se dejó ver en que ellos se negaron a sí mismos y despreciaron sus propias vidas, con el fin de cumplir la voluntad de Dios, y llevar el mensaje de restauración al pueblo. Así el pueblo los apedreara ellos no podían dejar de hablar la Palabra del Señor, pues, ella era como un fuego que les consumía por dentro. Su fe y entrega al Señor son un ejemplo de paciencia y sufrimiento por el evangelio, como dice Santiago: *“Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor”* (5:10).

Aplicaciones:

- La mayoría de héroes mencionados en el verso 32 tienen registros negativos en las Sagradas Escrituras: Sansón amó a las mujeres extranjeras, lo cual le trajo muchos problemas y torturas; Jefte hizo un voto temerario bajo poca instrucción teológica que acabó con la vida de su hija; David cometió adulterio y participó como autor intelectual de un asesinato, lo cual trajo desastrosas consecuencias; no obstante la flaqueza de estos hombres, ellos eran creyentes, eran personas de fe; y todo lo bueno o encomiable que ellos hicieron se debe únicamente a la fe en Dios. Aprendamos bien la lección: “*Sin fe es imposible agradar a Dios*”, y solo cuando andamos en ella, escuchando la voz de Dios y obedeciendo sus mandatos es que nuestra vida manifestará el fruto del Espíritu y alcanzaremos la victoria sobre nuestros pecados. “En todos los santos, siempre se encontrará algo reprochable; sin embargo, su fe aunque débil e imperfecta, es aprobada por Dios. No hay razón, por tanto, para que los errores bajo los cuales trabajamos nos derroten, o descorazonen, con tal de que por la fe sigamos adelante en la carrera de nuestro llamamiento”².

- El tiempo de los jueces estuvo marcado por la tibieza espiritual. El pueblo se entregaba fácilmente a los ídolos, apartándose del Dios verdadero. Incluso, muchos de los jueces que gobernaron tuvieron diversas flaquezas, pero el Señor preservó a su pueblo. Los que permanecieron creyendo pudieron ver el poder de Dios obrando para derrocar al enemigo y garantizar la victoria de su santa nación. Por la fe Sansón derrotó en muchas ocasiones a sus enemigos, por la fe Jefte venció a los aguerridos filisteos, por la fe David mató al gigante Goliath usando solo una cauchera y una diminuta piedra, por la fe Samuel juzgó al rebelde pueblo de Israel y fue aprobado por Dios. “Puesto que todas estas cosas fueron logradas por fe, debemos sentir la convicción, de que sólo por fe, y no por otra causa, se nos concede la bondad y la generosidad de Dios. Y debemos fijarnos muy especialmente en esa cláusula donde dice que *ellos alcanzaron las promesas por fe*; pues aunque Dios

² Calvino, Juan. Epístola a los Hebreos. Página 260

permanezca fiel, si nosotros no creemos, nuestra incredulidad vuelve ineficaces las promesas”³.

³ Ibid.